



Cuando la intuición asoma a la mente es probable que acabemos haciendo algo que nos resultaría impensable en otro momento.

Hace unos seis años, en un rato de ocio de su rutina diaria como agricultor, el joven Ángel se conectó a una red social y, sin ninguna intención concreta, comenzó a chatear con Kathy, una mujer de Venezuela unos años menor que él. Fue un encuentro inesperado, de esos que se gestan por el ciberespacio y que, en ocasiones, conectan a las personas adecuadas.

Tras ese primer contacto, volvieron a mantener algunas conversaciones por escrito de vez en cuando. Unos meses más tarde, Kathy tomó la determinación de viajar a España en busca de un futuro próspero, ya que en su país era complicado.

Cuando quedaban pocos días para su vuelo, Ángel le escribió porque hacía tiempo que no hablaban y, al saber que Kathy venía a España, le ofreció su ayuda. Ella —que entonces no sabía que desde Ejea hasta Madrid hay más de trescientos kilómetros—, le preguntó si la recogería en el aeropuerto.

Ángel pensó en decirle que no podía, pero un buen presentimiento, junto a la insistencia de un amigo, le hicieron cambiar de opinión. Así, cuando quiso darse cuenta, estaba camino de Madrid en su coche. Durante el trayecto estuvo absorbido por las dudas e incluso tentado de dar marcha atrás, pero tenía una sensación interior de certeza que le impulsaba a continuar.

Para Kathy, viajar sola a otro continente suponía llevar en la maleta inseguridad, miedo, preocupación... aunque también mucha emoción. Al aterrizar en España, se sintió aliviada y agradecida al saber que Ángel había ido a buscarla.

Ambos se alegraron de conocerse en persona y sintieron esa buena conexión que percibían a través de sus charlas digitales, pero todavía no sabían que podrían llegar a tener algo más profundo que una amistad.

Pasaron dos días en la capital, en los que aprovecharon para contarse un poco más acerca de la vida de cada uno. Después, Kathy puso rumbo a Sevilla, donde la esperaban algunos amigos, y Ángel regresó a Ejea. Siguieron comunicándose con frecuencia, aunque no volvieron a verse hasta que ella decidió trasladarse a San Sebastián y, de paso, hacer una parada para visitar a Ángel.

En esa corta pero intensa visita se dieron cuenta de que sentían una atracción mutua que los mantenía con una sonrisa constante. Desde que volvieron a separarse, cada vez que pensaban el uno en el otro afluía el deseo de reencontrarse de nuevo.

Ángel fue el que dio el primer paso invitando a Kathy a vivir con él. No sabía si finalmente surgiría el amor entre ellos o no, pero quería ayudarlo a que se estableciera en España. Ella no lo pensó mucho y, a pesar de que en ese momento no tenían una relación como pareja sentimental, aceptó la propuesta. Gracias a la confianza que se tenían se animaron a iniciar una vida juntos. Poco después, las flechas de Cupido demostraron haber sido certeras y esa amistad se transformó en algo mucho más intenso.

Kathy se dedicó a estudiar un grado de administración, ya que su título universitario de publicidad no es compatible en España. También empezó a trabajar en una pizzería y en un supermercado de Ejea. Mientras tanto, aunque le costó varios meses, consiguió legalizar su situación para poder residir en este país que tanto le estaba ofreciendo.

Por su parte, Ángel seguía con su trabajo, llevando consigo la felicidad de compartir su vida con esa mujer tan especial para él. Poco a poco, Kathy fue conociendo a la familia del que ya era su novio y se ganó sus corazones. Además, el nacimiento de su hijo Liam en 2023, aumentó la dicha de todos.

Y así es como, de un contacto insospechado entre dos naciones lejanas, puede originarse una familia intercultural rebotante de amor.